

ha querido convertir en *metafísica* para darle *solidez*, sin que se haya conseguido así más que darle *fragilidad*.

**Academia** (de Academo) — Sociedad que se reunía en los jardines de Academo bajo la presidencia de Platón.

Á semejanza de ésta se han fundado después innumerables sociedades con el mismo nombre. Las hay desde lo más alto hasta lo más humilde, en todos tiempos y países, y no llevan trazas de acabar. No sabía el propietario de aquel jardín la fama que iba á perpetuar su nombre. Dicese que toda Academia tiene, poca ó mucha, tendencia filosófica, y así es la verdad; pues donde se reúnan hombres para hablar solos y comunicarse sus pensamientos, bien puede decirse que se reúnen para filosofar, aunque lo entiendan de otro modo.

Bueno sería que lo hicieran siempre con suficiente conciencia de lo que hacen, pues así acaso lo harían mejor.

La Academia fundada por Platón se dividió luego en tres, más ó menos divergentes del tipo original; y la divergencia ha llegado después hasta el grado de fundarse academias, no sólo de pintura ó de música, sino también de esgrima, de baile, etc.

Poca filosofía quedará en las más humildes; però siempre habrá alguna, mientras se use en ellas la palabra y se lleve la idea de realizar algo en conformidad con lo ideado.

**Academias.** — Las Academias oficiales representan en España el análisis de la función del pensamiento viviente.

La de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales lo considera todo bajo el prisma de las matemáticas (*lo positivo*

*exactamente determinado*), lo determinado en general en cuanto compete directamente á la función del pensamiento.

La de Ciencias Morales y Políticas se aplica á la vida pública en cuanto tiene de taxativamente humana, de función consciente de sí propia.

La de Medicina se aplica á la misma vida en cuanto tiene de corpórea.

La de Bellas Artes se aplica á la misma vida en cuanto tiene de estética.

La de la Lengua se aplica á la interpretación del pensamiento por *simbolos* hablados ó escritos.

La de la Historia estudia la vida retrospectiva de los pueblos.

Quedan fuera de estos grupos las artes industriales, que relacionan, dentro del mundo inorgánico ó definido, las partes de que consta. Así, pues, lo que distingue á todas las Academias es su práctica de modos particulares del pensamiento viviente, dejando á un lado la de lo relativamente mecánico, á otro la de lo puramente teológico, y en conjunto, lo que atañe á todo el orden humano teórica y prácticamente considerado.

De todas las relaciones comprendidas en la vida, concíbese que se encargue una Academia más; que relacione los elementos analíticos hoy constituidos, para constituir por su parte, no una síntesis *definitiva*, sino el programa de una sintetización *indefinita*.

#### Academias en la historia

(Las). — La primer Academia que apareció en la historia filosófica fué, como queda dicho, la de Platón. Se la llamó así por reunirse los afiliados en el jardín de Academo.

La siguieron las Academias media y nueva.

La Academia media fué la de los filósofos atenienses, que se reunían en el Pórtico del Pecilo, y que por esta razón se llamaron también *estoicos* (de *stoa*, pórtico).

La tercera fué la que se constituyó en la escuela de Alejandría, bajo forma escéptica.

Antes de Platón y de Aristóteles, Sócrates había sido el nudo gordiano, cuyos cabos quisieron desatar dichos filósofos. Platón no le desató sino para llevarlo todo por senda ideal. Aristóteles lo llevó todo por senda real ó sea positiva. La Academia del Pórtico se fijó en la ley, haciéndola inflexible y dura. La Academia alejandrica devolvió á la ley su correlativa libertad; demasiada libertad, porque llegó á anularla, arrojándola hasta el fondo del abismo escéptico.

Así aparecieron aislados y sin conexión bastante, después de la *práctica filosófica* en Sócrates, los cuatro extremos teóricos: 1.º, positivo (*tesis*); 2.º, negativo (*antítesis*); 3.º, condensante (*síntesis*), y 4.º, disolvente (*antisíntesis*); escépticos más ó menos extremados dentro de su extremo común.

**Acaecer**, del latín, *cadere*, caer. Función mediante la cual aparece en el tiempo algo diferente de lo anterior, como *caído* de la eternidad.

Cambiarse algo en lo permanente de las cosas, limitando su permanencia.

Suceder vale tanto en general como cambiar, pero se aplica más bien á los cambios en el tiempo, así como acaecer á los cambios en el espacio.

También son congéneres de acaecer las palabras acontecer y ocurrir.

Ocurrir se usa más bien para simbolizar lo ideal, y acontecer para lo real.

Se habla de acontecimientos y de

sucesos políticos, y no se los llama ocurrencias ni acaecimientos.

Acaecen los fenómenos, se suceden las épocas, acontecen funciones representadas, ocurren funciones representativas.

**Acaloramiento**, a por *ad*, y *calor*, función de calor. — Equivalente á calorificación en sentido físico. Sentimiento ideal, análogo al calor que se siente como producido por un foco exterior.

Esta analogía es una prueba más de la que existe en general entre el sentimiento y el calor, así como la hay también entre la luz y la reflexión.

Otra analogía entre las funciones inorgánicas y las vivientes emana de la polarización de las primeras en físicas y químicas, comparada con la polarización de pensamiento general en formas: matemática (cuantitativa) y lógica (cualitativa).

**Acallar**, a-callar, hacer callar. — Función práctica que realiza el concepto teórico *callar*.

**Acariciar**, de a por *ad*, cerca, y *caricia*. — Se distingue del halagar en que es función más real que ideal, y el halagar es más ideal que real; se acaricia á un animal, no se le halaga. Lo que halaga el orgullo ó la pasión de un hombre, no se entiende que le acaricia.

Las caricias van derechas al sentimiento, los halagos se relacionan más con la inteligencia.

**Acaro**, del griego *akari*. — Pequeño insecto, entre insecto grande y microbio.

En la serie de los seres vivos se pasa por grados sucesivos, y á veces muy próximos entre sí, desde el microbio al tipo más voluminoso.

La serie misma se distingue de lo

no vivo, en que manifiesta de algún modo la actividad espontánea que el hombre siente en la función de pensar.

**Acaso**, de *acaecer*. — Cosa que sucede ó se supone que sucede sin causa conocida.

Hay una causa incognoscible, en virtud de la cual todo suceso figura en algún modo como *acaso*.

Acaso y casualidad son sinónimos; pero se distinguen en que casualidad se llama todo suceso que *carece* de ley en el orden fenomenal, y el acaso es extensivo á *infracciones* de la ley constituida en el orden mismo.

Aun en el caso del *acaso*, en el amplio sentido de carencia de ley en un suceso, constituyendo una casualidad, un fenómeno accesorio, accidental; no se le atribuye á falta de causa absoluta, sino á falta de causa accesible á nuestro conocimiento actual.

Esta falta de causa conocida en el orden continuo del cosmos inorgánico, aparece en forma muy distinta en los acontecimientos de la vida y en la presentación (nacimiento) de un sér viviente.

Siéntese en este último caso, no sólo una causa desconocida pero cognoscible de algún modo, sino una causa desconocida é incognoscible de cualquier modo humano.

**Acatamiento**, del bajo latín *cattare*, mirar atentamente. — Función de reconocer la importancia de algo á que se da categoría de ley.

**Acatar**, del latín *ad*, cerca, y el bajo latín *cattare*, mirar con atención.

Mirar con atención ideal, con respeto, como se mira objetos exteriores con atención, relativamente real.

**Acceder**, voz procedente del latín. — Función de determinarse la voluntad por sugestión de voluntad ajena.

**Acceso**, de *acaecer*. — Función en el curso de otra.

Puede decirse que el sér viviente es un *acceso* de definición é indefinición en la serie *continua* de definiciones é indefiniciones que constituyen el cosmos inorgánico.

La función de sentir es también un acceso en la serie de accesos vegetativos.

Por último, la función de la inteligencia es reproducción continua, durante un acceso de sentimiento, de la serie de definiciones é indefiniciones que constituyen en general el mundo del pensamiento.

**Accesorio**, del latín *accessus*. — Lo que sobreviene en el curso de una función, fuera de la ley que preside á su ejercicio.

**Accidental**, de accidente. — Lo que sucede sin causa exterior determinada; aunque *en general* proceda de lo exterior al sujeto á quien se refiere.

En la función práctica del pensamiento, lo accidental figura como *causa* objetiva, conocida ó cognoscible; lo que se llama sustancial, que es *en absoluto* inasequible al conocimiento, imposible para él; actúa en relación frente de lo accidental, como factor íntimo, subjetivo, que preside á las leyes y fenómenos dados objetivamente.

La práctica convierte en funciones los fenómenos y las leyes, dadas teóricamente, resultando así los cuatro nudos funcionales ó causales, que Aristóteles designó con los nombres de material, formal, eficiente y final.

El modo material y el formal son la tesis y la antítesis (teóricas) de la función causal. El eficiente y el final son la síntesis positiva y la análisis ó síntesis negativa de esa misma función, llevada al terreno de la práctica.

**Accidente**, del latín *ac*, cerca, y *cadere*, caer. — Determinación del fenómeno accesorio.

El accidente no es extraño al concepto de sustancia; es, por el contrario, un elemento correlativo; un accidente sin sustancia es tan inconcebible como una sustancia sin accidentes, ó sea sin modos más ó menos generales ó particulares.

**Accidente aristotélico**. — «Lo accidental — dice Aristóteles — se explica por la existencia de la materia. No todo es necesario; los acontecimientos se encadenan, pero á menudo se puede determinar un punto, un *instante preciso*, en que son igualmente posibles dos contrarios, y la materia es el fondo de esta posibilidad. El principio y la causa del accidente están en los seres que no se hallan ni necesariamente, ni siempre, ni ordinariamente en un mismo estado. Esta causa y este principio son á su vez accidentales, no siendo, por lo tanto, posible que exista ciencia acerca de ellos. El término de *necesidad* se aplica particularmente, ó á una condición de existencia, ó de imposición forzosa, ó de imposibilidad de ser de otra manera, cuando se trata de soluciones silogísticas, y el de *casualidad* se aplica á producciones *accidentales* de la naturaleza ó del pensamiento.

Estas producciones son indeterminadas, insondables, sin orden, en número infinito, así como las causas; pero son necesariamente posteriores al sér en sí.»

Bien se ve lo que Aristóteles sentía al decir esto, por más que lo sintiera con la oscuridad debida á su ontologismo positivista. Con menos explicaciones, y aun sin explicación, lo siente cualquier hombre con más ó

menos vaguedad, y esto le basta para vivir prácticamente.

Todo el secreto de lo accidental estriba en estimarlo relativo, como lo es en general cuanto se deja concebir. Sin *accidental* no habría *necesario*, porque sería un extremo privado del otro extremo, que necesita precisamente para *distinguirse de algo* y no *identificarse con la nada*.

Donde hay un suceso hay algo que sucede y le da cuerpo, y algo que le hace suceder y le da, digámoslo así, alma, espíritu, actividad. Lo que se llama materia es el cuerpo *estático* que se conserva al través del cambio, sufriendo al cambiar modificaciones ó accidentes. No puede menos de sufrirlos, puesto que cambia, y no puede menos de cambiar, puesto que se correlaciona con el tiempo, sin el cual nada habría, no ya sólo vivo, sino ni físico ni químico, porque nada se haría *presente*, ni menos se *representaría* bajo todas las formas de representación posibles.

Véase cómo en el estudio exacto de las relaciones es donde se encuentra la solución posible de todos los problemas, que el pensamiento plantea *ante sí propio* y *durante su propia vida*.

**Accidente verbal**. — Participio de presente del verbo *acceder*, análogo á *ceder*, *conceder*, *suceder*, *proceder*, etc. Un accidente puede ser leve ó grave, tan grave que cause la muerte á un individuo.

También es análogo el accidente al acontecimiento y al acaso, y á todos los derivados de caso, que puede á su vez ser fortuito (pasivo) ó pensado (activo), etc.

La interpretación que se ha solido dar á las palabras sustancia y accidente ha sido viciosa por punto general.

Por sustancia absoluta debe entenderse *indefinido* en teoría, prácticamente definible en virtud de accidentes que sobrevengan.

Cortada la comunicación (relación) entre la teoría y la práctica, quedaría la sustancia absoluta; pero sería como si no quedara cosa alguna, y así debe *confesarlo* el filósofo, por más que no lo entienda, como entiende los objetos á que alcanzan sus sentidos

**Acción, de hacer.** — Acción es la función presente en cuanto relacionada con el coeficiente indefinido de la vida.

En contraposición á pasión, que es la función presente en cuanto relacionado con el coeficiente definido de la vida.

Acción se refiere á la función de hacer. El que hace es llamado causa y el hecho es llamado efecto. Hay función de hacer leyes y función de hacer fenómenos. Esta última se realiza en el reino inorgánico lo mismo que en el viviente. La función de hacer leyes pertenece exclusivamente á los seres vivos.

Hay, pues, dos acciones: una fenomenal común á los cuerpos exteriores y á los vivientes (heteronómica), y otra que sólo aparece en los vivientes (autonómica). En la relación mutua de estas dos acciones, la viviente es activa en grado superior (el grado de la ley), y respecto de ella la otra es pasiva. Lo que hace el sér vivo lo hace con carácter de espontaneidad; lo que hace el cuerpo exterior obrando sobre los organismos, lo hace con carácter de necesidad. La ley de la acción de los cuerpos exteriores les viene de fuera, y ellos no la *modifican*. La ley del sér vivo es *modificada* por el curso mismo de la función viviente. Ambas acciones, inorgánica y orgá-

nica, pueden estar *presentes* (en acto), ó *ausentes* (en potencia.) La potencia de la acción viviente es indefinida; la de la acción inorgánica es definida. Se sabe lo que podrá hacer un agente físico ó químico en cualquier momento. No se sabe lo que podrá hacer un sér vivo, ni aun en el momento más próximo al momento presente.

Los agentes físico-químicos preceden á sus efectos en forma definida; el agente vital en forma indefinida.

Á todo polo funcional activo se opone otro polo funcional relativamente pasivo, que concurre á la función común. La limitación recíproca de los polos, ó más bien de las corrientes que van del uno al otro, es la que determina el común efecto.

En física y química, la gravitación de las masas es la acción; la atracción de unas masas por otras la pasión.

En los seres vivos, la determinación de leyes y de fenómenos exteriores es la acción; la determinación de fenómenos internos mediante la exterioridad es la pasión.

En el sér sensitivo é inteligente, la determinación de leyes, de mandatos, seguidos, ó no, de la determinación de fenómenos exteriores consecutivos, es la acción. La determinación de fenómenos interiores, que favorecen ó repugnan el cumplimiento de las leyes constituidas, es la pasión.

Varían, pues, los modos activo y pasivo de la función (como varían los de los verbos hablados ó escritos), según las relaciones en que se consideran sus elementos.

Dos elementos positivos pueden aparecer, ejercitando recíprocamente: la actividad el uno y la pasividad el otro.

Dos seres vivos pueden aparecer

también en acción y en pasión recíprocas; pero con diferencias de grados, y prevaleciendo más ó menos una ú otra de ambas condiciones.

Entre un sér vivo y otro no vivo no cabe reciprocidad; el sér vivo asume la actividad respecto del físico-químico, el cual funciona como pa-sivo.

**Acelerado**, del latín *ac*, cerca, y *leger*, ligero. — El movimiento es transacción entre el espacio que le niega y el tiempo que le afirma. Hácese, por consiguiente, la transacción en dos sentidos opuestos: en el del tiempo que impulsa y el espacio que resiste.

Una vez hecha la transacción, el efecto se hace causa á su vez de otros efectos, y si nada se le opone en la esfera mecánica pura, se *reproduce necesariamente*, á diferencia de la esfera viviente, en la cual se *reproduce libremente*.

Así se determina la serie continua de movimientos, que procede desde el no ser al ser y viceversa, acelerándose hasta amenazar con la anulación del espacio, ó retardándose hasta amenazar con la anulación del tiempo.

La transacción entre los extremos es la que permite las revoluciones astronómicas.

La gravitación universal es una transacción primordial, y no puede explicársela por un impulso posterior ó anterior á otro impulso. Ningún impulso mecánico es concebible ni realizable por sí solo. La relación entre el lugar y la falta de lugar ha de ser primitiva y fundamental. Así es que el impulso ha de venir siempre de los dos polos de la relación, y no de uno solo primero, y luego del otro. Uno solo primero se convertiría en cero, y no podría sumarse con ninguna cosa.

El movimiento mecánico se realiza, ora en general, ora dentro de límites en que participa de la generalidad mecánica cada mecanismo en particular.

En general, aparece en el sistema astronómico, constituyendo *la gravitación universal*.

En particular, se realiza en la superficie terrestre por funciones centrípetas y centrífugas.

Los fenómenos de gravitación universal son relativamente constantes, porque traducen la función en general, y los de gravitación terrestre son relativamente variables, porque necesitan ser provocados por causa accidental exterior.

La parte de gravitación que corresponde á los cuerpos en la superficie terrestre es el peso (gravedad).

La gravedad no se ejercita en los cuerpos más que *pesando* unos sobre otros; pero donde no hay cuerpos sobre los cuales pesar, se ejercita en un relativo vacío.

Entonces, cómo no se le contrapone la fuerza centrífuga, necesaria sólo en el sistema común, el movimiento es continuamente acelerado.

Al movimiento continuamente acelerado, hay que contraponer el movimiento continuamente retardado, para constituir la función común, que se ejercita en las alturas astronómicas.

**Acelerar y apresurar.** — Verbos que se refieren á movimiento, y en esto coinciden; pero se distinguen en que se acelera lo exterior y se apresura lo interior.

La aceleración es más bien real; el apresuramiento es más bien ideal.

No se dice que la gravitación se manifiesta por un movimiento apresurado, sino acelerado.

No se dice de un sujeto que se ace-

lera, sino se apresura á pensar algo.

**Acento**, del latín *ad*, dirección, y *cantus*, canto. — Armonía en la palabra. Forma del sonido que constituye una especie de canto.

Es la belleza y la fealdad en la palabra hablada, lo que más accesible la hace á los sentidos, y por ellos á la imaginación y al juicio.

Por el acento se consigue la obediencia del animal y la persuasión del racional. ¡Cuántas profundas y aun bellas ideas dejan de herir la inteligencia por falta de acento!

El acento contribuye á la vida exterior de la palabra, como la música á la de la letra que se canta. Tiene, sin embargo, sus peligros; porque *seduce* por su belleza, y puede ocultar un fondo malo con falaces apariencias.

La frase que habla á la pasión es rica en color, sonido y figura.

La que sólo se encamina al juicio es pálida y llana, sin estrépito ni ropaje brillante. Pero hay pasiones nobles, y sugerirlas con la palabra es noble también.

**Aceptar**, del latín *a*, por *ad*, y *capio*, yo cojo. — Aceptar es función ideal que supone ejercicio de la libertad individual, previa deliberación relativa á lo que se acepte.

No conviene aceptar fácilmente lo que propone cualquiera, ni lo que ocurre en el primer momento para la solución de cuestiones graves.

De aceptar ó no aceptar es libre siempre el individuo; no lo es en igual grado de recibir ó no recibir algo que se le imponga.

El sentido de la palabra aceptar es ya una prueba de que quien la pronuncia, siente y distingue la libertad, diferenciando este caso de aquel en que se habla simplemente de recibir y aun de admitir.

**Acercar**, de *a* y *cerca*. — Suprimir en lo posible el límite impuesto por una cerca.

Lo absoluto impone á todo una *cerca* que lo limite. Permite *acercarse*, y nada más. El hombre más perfecto sólo se *acerc*a más ó menos á la absoluta perfección.

Nadie hace más que acercarse á la verdad absoluta, si no se aleja de ella ó permanece estacionario.

De sabios es reconocerlo así.

Partiendo de la verdad relativa, lo cual es facilísimo, pues nadie deja de participar de ella más ó menos, es como se puede ir viendo cada vez más claro el campo de la verdad.

**Acertar**, a-cierto. — Gran problema es el de acertar. Proceder acertadamente, según el criterio ajeno, es muy difícil. Aun el criterio propio suele calificar hoy de desafortunado lo que ayer creíamos acertado.

Cierto es lo presente para nosotros, mientras lo tenemos presente; cierto puede ser lo que recordamos de lo pasado; cierto es más difícilmente lo que auguramos del porvenir, y aun lo que juzgamos en vista de datos más ó menos convincentes.

Al decir cierto, parece que nos referimos á una verdad incontrastable; y sin embargo, mermamos mucho el valor de una cosa verdadera cuando añadimos que lo es hasta *cierto* punto.

Cierto sujeto es cosa muy distinta de un sujeto cierto.

Es que *acertar* no se refiere simplemente á una cuestión teórica; se aplica á cuestiones prácticas. La verdad se sabe ó no se sabe. El acierto recae en lo que se cree ó no se cree; tiene, por lo tanto, algo de adivinación, es función de sentimiento más que de reflexión. Implica, pues, bastante vaguedad para que pueda decirse cierto

día, cierta persona, expresando así algo cierto *en general*, y que no pueda entenderse en igual sentido que cuando se fija tal día ó tal persona en particular.

Acertar es análogo á *concertar*, y ambos significan relacionar bien, de manera que lo relacionado se aproxime lo más posible á lo cierto, en el sentido que se da al concepto de certidumbre.

Acierta quien relacionando algo para la realización de una idea, consigue verla realizada mediante la práctica de su teoría preconcebida.

**Aciago**, de azar. — Acontecimiento contrario al bien de la vida.

Se le siente como casual, ó como impuesto fatalmente, y se relaciona esta casualidad ó fatalidad con un mal que sufre el individuo.

En aciago día se promueve la guerra entre los elementos de la función de pensar, en lugar de la transacción y de la armonía que debieran resaltar en su conjunto.

**Aclamar**, del latín *ad*, cerca, y *clamare*, llamar. — Lo que más de cerca llama á todo mortal es la muerte. El mortal acepta condicionalmente la aclamación, con tal que dure y que, por lo tanto, llame la muerte cada vez desde más lejos.

Cúmplase sólo en parte este deseo en nuestro *mundo presente*, mientras la muerte se aleja un solo paso. En el *mundo ausente*, ¿se cumplirá mejor? Así *debemos crecerlo*, porque lo demanda imperiosamente la ley presidencial de la vida.

**Aclarar**, del latín *ad*, cerca, y *clarare*, forma verbal de *clarus*, claro. Cerca estamos á veces de aclarar algunas cosas: enteramente claras se harían transparentes y no se las vería. Contentémonos con la cercanía, y no

intentemos traspasar los límites de la claridad. Saber demasiado perjudica á menudo. Saberlo todo, que sería la suprema claridad del saber, equivaldría, para nuestra limitada inteligencia, á no saber cosa alguna.

¡Claro está!, decimos á menudo; porque no vemos lo turbio del fondo de la cuestión.

**Acodar**, a-codo. — Hacer un codo es hacer un ángulo con dos líneas.

El esquema geométrico de la vida nos enseña el oficio del acodo, interpretado como relación en general, análoga á las relaciones en particular, geométricas.

Es el acodo el centro de un análisis, que reclama un cierre para hacerse síntesis.

La síntesis geométrica es el triángulo, y el triángulo tiene tres codos. Una *continuidad* de codos hace el círculo, donde caben todos los triángulos.

Este círculo es ya el *extremo sintético* de la vida; faltan el *extremo analítico* y el *centro viviente*, indispensable para que la vida tenga extremos que no puede traspasar (imposibles).

Con la curva se acoda también la recta como *tangente*, que toca á la vida, diciéndole á voces: *Noli me tangere*.

**Acoger**, a-coger. — Lo que parece bien se acoge siempre bien; lo que parece mal se acoge siempre mal.

¿Qué sabemos en la vida del bien ó el mal de lo que vamos acogiendo diariamente?

Llevamos siempre por delante *nuestra idea* y acogemos lo que le place: *Nosce te ipsum*. Conózcase al menos que esta idea es una actualidad viviente, un *sentimiento ciego*, mientras no le modere una reflexión prudente, que le relacione con las enseñanzas propias del pasado y del porvenir.

No acojamos al huésped sentimental, sin pedirle antes su pasaporte refrendado por la *autoridad legal*.

**Acólito**, del griego *akólouthos*, secuaz. — Tiene, por desgracia, el error más acólitos inconscientes que la verdad. Ésta prevalece, sí, en general, como todo lo bueno; pero, en particular, se ausenta respecto de muchos puntos. Los que se envanecen y extasian ante su opinión propia, adoptan, sin sospecharlo, una forma repulsiva que los lleva á figurar en el concepto ajeno de un modo contrario al que desean.

No hay como confesarse acólito y nada más de la verdad, para que ella nos permita penetrar en su iglesia, y acercarnos todo lo posible á aquel Sacerdote supremo, aquel *verdadero* Sacerdote, que el cristiano confía ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos, dando á cada acólito su *verdadero* merecido.

No hay filósofo insigne que no haya tenido acólitos, ni filósofo insigne que haya pasado jamás de ser mero acólito de la verdad.

**Acomodación**, del latín *ad*, cerca, *cum*, con, y *modus*, modo. — Función de acomodar. A prefijo; modo, ción (función).

Hacer de varios modos distintos un modo que los concilia.

Los modos no suponen sustancia absoluta (ser sin coeficiente de no ser), sino hacerse, en particular, bajo distintas formas la relación necesaria en general.

Son los modos lo realizado en la función viviente, así en forma de ley como de fenómeno.

Según Darwin, las especies cambian como los individuos, acomodándose al medio. Admite de esta suerte una especie de aclimatación de

las especies, en la cual no vence el aclimatado la influencia del clima conservándose él mismo, sino que el clima le vence á él, haciéndole hasta cambiar de especie.

Mas le valiera á Darwin consignar una generación espontánea de *especies* nuevas, análoga á la generación espontánea de individuos. Admitir la una es admitir implícitamente la otra.

Verdad es que la generación específica de Darwin se hace sobre la base de otra especie viviente ya; mas no por eso es menos rebelde á la pretensión de explicarla por datos definidos, que lo es la generación espontánea de individuos.

Se comprende que dentro de una misma especie, el sér que comienza vegetando sirva de matriz á un sér sensitivo, y el que comienza sintiendo sirva de matriz de un hombre. Se comprende, aunque menos bien, que la tierra, ó el Universo representado, relacionándose con lo indefinido, origine un sér viviente. Lo que menos se comprende es que las diversas formas de espontaneidad viviente, una vez formadas, se hagan formas distintas de sí propias, é *incomunicables* entre sí, á pesar de su origen común.

Si el cuadrúpedo, por ejemplo, es una forma amplificada del pez, debieran ser comunicables y engendrar mestizos el cuadrúpedo y el pez.

Todas las variedades de animales domésticos son comunicables entre sí. Se han acomodado á los climas y á las distintas condiciones de la civilización, pero siguen formando una misma especie.

Esto indica que las especies comienzan, como los individuos, en su raíz lindante con lo absoluto, por creación y no por acomodación al medio ambiente.

Los que en otro sentido se acomodan al medio, son los términos contradictorios fundamentales, para originar la transacción, la vida en general.

Cierto es que la creación *en sí* se hace incomprensible, si mentalmente la despojamos de los extremos de que es término medio, declarándola *absoluta*. Si éste es un inconveniente, hay que resignarse á sufrirlo, porque no tiene remedio.

La declaración de absolutismo puede muy bien hacerla el sentimiento, la creencia; jamás le dará la ciencia entrada en sus dominios, á no ser que lo haga para confesar simultáneamente la ignorancia necesaria de cuanto se proclame como absoluto y privado absolutamente, y como tal absoluto, que se abstiene en *ser*, de toda *relación* determinada, *ni aun posible*, con el *no ser*.

**Acompañar**, *ad*, cerca, y compañía. — Acompañado está el que no está solo (absoluto). ¿Hay algo en el mundo que no esté acompañado de otro algo? Si es algo en particular, ¿no supondrá otro algo en particular, y un algo en general, que con los dos se relacione?

Aun al filósofo más abstraído en filosofar, le acompañan sus pensamientos. Sin pensamientos en plural no pensaría en general: sin pensar en general no tendría pensamientos.

Dícese que más vale estar solo (absoluto) que mal acompañado. Es cierto, pero no se olvide que la compañía, mala ó buena, jamás puede evitarse en absoluto.

**Acometer**, a-cometer. — Comenzar impetuosamente una acción. Lo indefinido acomete á lo definido, cuando nace un sér viviente en el campo de batalla intermedio, entre el espí-

ritu que acomete y la materia que se defiende.

**Acongojar**. — Determinar un estado pasional muy deprimente. Acongojan las calamidades en varios grados y con distintos matices. Al pusilánime le bastan motivos muy pequeños.

El mejor remedio contra la congoja es la voluntad, el dominio de sí propio.

**Aconsejar**, del latín *ad*, cerca, y *consilium*, consejo. — Sugerir el pensamiento relativo á una acción. Puede decirse que el agricultor cuidando de sus campos, y el higienista y el médico usando los recursos de su arte, aconsejan el bien á la función viviente.

**Acontecer**, de *ad*, cerca, y *contar*. — Lo mismo que acaecer, pero aplicado más propiamente á los sucesos de mayor importancia. No se dice de una gran novedad que es un acaecimiento, sino un acontecimiento.

**Acopiar**, del latín *copiare*, hacerse dueño de algo. — Copia se entiende en dos sentidos: uno cuantitativo y otro cualitativo.

Es abundancia, multitud, y es también la copia, relativamente ideal, de un objeto.

Platón suponía que los objetos eran los que copiaban la original idea.

La relación que existe entre sujeto y objeto permite suponer que se copian mutuamente.

Pero acopiar no se usa en el sentido cualitativo, sino más bien en el cuantitativo.

La significación latina de la palabra *copiare*, puede entenderse en sentido objetivo, en cuanto se relacione con *las cosas* de que se apodera el sujeto, y en sentido subjetivo ó cualitativo (ideal) en cuanto se refiere á la

persona que acopia cosas y las hace suyas. En cuanto suyas, estas cosas representan ó copian al dueño, y á su vez el dueño las representa ó copia en cuanto pasan á ser *propiedad suya*.

**Acoplar**, del latín *coplare* ó *copulare*, juntar, unir.—Cualquier cosa se acopla identificándola con otra; mas al acoplarla, no se la identifica tanto que no quede algún modo de distinción. Así es la relación entre todas las cosas.

Así se acoplan también la teoría y la práctica, el espíritu y el cuerpo, lo eficiente definido y lo coeficiente indefinido.

**Acoquinar**, del latín *ad*, cerca, *coquus*, cocinero.—Mucho se envalentona á veces el espiritualismo en filosofía; pero mucho también se acoquinan el materialismo y el positivismo, asemejándose á un rutinario cocinero.

Para su cocinilla económica de esta vida transitoria en el mundo presente lo quiere todo el cocinero positivista. Algo más de *valor moral* le realzaría mucho ante sus propios ojos; le haría triunfar de graves dificultades, y elevaría su precio en los mercados contemporáneos, en el de la historia, y sobre todo en la conciencia humana, que es la conciencia imperfecta de un solo Dios.

**Acordar**, del latín *ad*, cerca, y *cer*, *cordis*, corazón.—Función de hacer acuerdos.

De cor (corazón) ha podido derivarse cuerda.

La cuerda, el corazón y el alma, aunque conceptos tan distintos, caben en una misma función de tirar, de mover, de mandar, de imperar, de hacer definido lo indefinido, ó viceversa.

Todo esto ha podido atribuirse al corazón y á la sangre contenida en él,

como muchos hoy todavía lo atribuyen á los nervios y á la masa encefálica.

En la antigüedad se ignoraba el valor de los nervios y del cerebro.

Así, pues, el corazón tiraba de nuestro cuerpo, le movía, le mandaba.

¿Cómo conciliar esta creencia con la creencia coetánea de que el espíritu es inmortal y jefe superior del Universo?

Sin duda por la *discordia*, que se conservaba unas veces con transacción, y otras se eliminaba radicalmente, entre el espíritu y el cuerpo.

Sólo por esta *discordancia* ha podido decir Virgilio: *Colum ac terram camposque liquentes spiritus intus alit*, y, sin embargo, creer que el espíritu del cuerpo eran el corazón y la sangre.

Se admitía con Aristóteles diversidad de almas, y no se podía concebir que un alma sola (Dios) reinara en el Universo. ¿Cómo realizar un alma de esta índole fuera de la religión cristiana y de la ciencia viviente?

**Acortar**.—Disminuir la duración ó el espacio de algo, ó ambas cosas á la vez.

Se acorta la vida en el espacio definido, con la muerte prematura del cuerpo. Se la acorta en el polo indefinido con la paralización de la inteligencia.

**Acosar**.—A, relación, y *cosas*. *Dificultar* un exceso de cosas positivas la elaboración á que concurre el coeficiente indefinido.

**Acósmico**, de *a*, privativo, y cósmico.—Negación del Cosmos.

Siendo el Cosmos no solamente relativo, sino la totalidad de lo relacionado y lo relacionable, suscita el extremo opuesto: lo acósmico, la nada.

Tales son los dos polos de la función viviente.

Entre lo cósmico y lo acósmico está el sér viviente, causado á la par por lo cósmico y lo acósmico.

El sér viviente es *causa sui* y causa de otro, y causado á la par por lo cósmico y lo acósmico.

El que vive simplemente como *causa sui*, vegeta (hace la ley).

El que vive además como causa de un *sui indefinido*, como tal, siente lo definido (siente la ley hecha).

El que vive, por fin, como causa de un *sui definido indefinidamente*, piensa (siente la función de hacer la ley y la ley hecha, y hace la ley).

**Acostumbrar**.—Realizar una ley de costumbre ó sea una ley práctica.

Las costumbres son las leyes propias de la vida; las leyes que, formuladas idealmente, *deben ser* y pueden ser, ó no ser, cumplidas en la esfera de los fenómenos.

La costumbre comienza con la transacción entre las tesis contrapuestas, ley y libertad, resultando buenas en general, cuando se identifican ambos factores sin perjuicio de su identidad, y malas en el caso contrario.

No hay función que no inicie una costumbre; mas para que ésta se consolide como ley, es condición precisa que se reproduzca ante el pensamiento con relativa continuidad.

No hay cosa mejor para cada individuo en el mundo, que acostumbrarse á sufrir lo malo y no ceder demasiado al atractivo de lo que parece bueno. La costumbre que debe regir para los actos humanos, es la de hacer bien en general, y, en cuanto sea compatible con el general, el bien particular.

**Acreditar**, del latín *ad*, cerca, y *credere*, creer.—Función de sugerir fe en algunas cosas. Determinar el

sentimiento, inclinándole á afirmar algo. Como el crédito pertenece á la función de creer y no á la de saber, se pueden acreditar verdades y también errores, cosas posibles y hasta imposibles. Interviene en el crédito la libertad inconsciente de sí propia con que se impone la ley, ateniéndose á los hechos realizados y á los probables en lo porvenir.

**Acriminar**.—Afirmar la relación personal de un individuo con un hecho contrario á la ley moral.

Como el cuerpo de la ley moral, constituida en las sociedades humanas, es variable según los diversos grados de cultura intelectual, cabe que un sujeto se vea acriminado por actos que apadrinaría otro código moral más razonable.

**Acroamático**, del griego *akroasthai*, oír.—Se llama acroamática la enseñanza oral, y sobre todo la que transmite pensamientos originales, y no precisamente tomados de otras fuentes.

Las enseñanzas procedentes de inspiraciones del sentimiento propio son acroamáticas. Se engendran dentro del individuo, que no las aprende siquiera como sanción de los textos archivados en su entendimiento, sino espontáneamente, por autogénesis.

La autogénesis, representada por un individuo, es un sentimiento que oficia como sexo masculino, susceptible de provocar un sentimiento análogo en un sexo correlativo, representado por otro sujeto que simpatice con él.

Concertando la autogénesis en el mismo individuo en quien se realice, con el código de leyes intelectuales archivado en su reflexión, engendra los hijos ideales que dirigen las acciones humanas.